

*Entre musas y musarañas. Una visita al museo*, Marta Dujovne, Buenos Aires, FCE, 1995, 203 páginas.

Según es de rigor en estos casos y máxime si la obra se lo merece, comenzaremos por el elogio de lo escrito. Se trata de un libro interesante, reflexivo y apasionado, lleno de ideas y de vitalidad en cuanto al discurso y a los problemas que instala, caliente a la par que sereno en la crítica, apoyado en proyectos (el bello Museo de la Ciencia y de la Técnica para niños en Buenos Aires) y en realizaciones concretas de la autora (su labor reconocida en el Museo Etnográfico). Es un trabajo fundamentalmente de una persona -Marta Dujovne-, pero que no oculta cuánto debe también a las colaboraciones y a los diálogos con museólogos (Cristina Payá y Francisco Reyes Palma) o con un artista tan inteligente y creativo como Antonio Martorell, puertorriqueño por adopción. Estamos en presencia de un producto, que enriquece el largo debate sobre el sentido nuevo y la reforma de nuestros museos, es decir, sobre un aspecto nuclear de la política cultural de la República. Demasiado largo este debate, por cierto, quizás porque el interlocutor principal es el que suele fallar o ausentarse, y nos referimos al estado argentino, a la administración representativa y democrática de la cosa pública y del bien común, en riesgo serio de extinción. Pero el libro de Marta Dujovne nos proporciona, de cualquier manera, las mejores herramientas para el pensamiento y para una acción posible y eficaz en el plano del uso enaltecedor del patrimonio cultural, cuando nos decidamos o podamos reconstruir el estado sin el cual hasta ahora no se ha sabido que exista ninguna forma de civilización.

Musas y musarañas despliega varias ideas importantes sobre las cuales vale la pena detenerse:

. 1. El museo es un precipitado del carácter visual de nuestra civilización y una forma en la que se manifiesta el mundo ambiguo de los objetos. Decimos "ambiguo" porque los objetos son hijos de nuestra productividad o de nuestra capacidad de significación (cuando se trata de entes en principio naturales, como las piedras, las plantas o los animales, antes de ser clasificados y llevados a las vitrinas de los museos, a los almácigos de los jardines botánicos y a las jaulas o instalaciones de los zoológicos) a la par que ellos suelen independizarse de nuestras voluntades e imponérsenos, en términos foucaultianos, con la autonomía

de lo dado, hasta convertirse en los fetiches a los cuales la autora considera justamente residuos indeseables, pertinaces y distorsionantes de la cultura, producto de las ideas rectoras que parecen persistir en la organización de la mayoría de los museos. Por supuesto que nuestra autora recuerda, en este punto, el concepto de las "catedrales laicas" del siglo XIX, estudiado por Susan Sheets en su libro de 1900, pero acuñado por Sedlmayr en su *Verlust der Mitte* en los años cincuenta.

2. Dujovne realiza una breve historia de los museos argentinos a la luz de aquella definición de la institución museo. El relato culmina en un análisis revelador y descarnado de la exposición permanente de las colecciones en el Museo Histórico Nacional (ya aparecido en *La Ciudad Futura*, No. 11, junio de 1988).

3. El texto presenta la ecuación, o mejor dicho inferencia, fundamental sobre la cual debería de asentarse una política de museos. La difusión del patrimonio genera y fomenta un ejercicio de apropiación y de reelaboración culturales, experimentado como un derecho político y social del ciudadano. Esa praxis es la única base que puede asegurar el éxito de los proyectos de conservación del patrimonio. Al cumplirse cada uno de los pasos de esta inferencia, se cumplen las misiones más altas de los museos: conservación, investigación, transmisión y apropiación transformadora de la cultura.

4. La autora considera imprescindible analizar las barreras y los mecanismos inconscientes de exclusión que operan en los modos de organización y en las formas que adopta el museo, siguiendo el ejemplo de Pierre Bourdieu. Esa operación intelectual conduce a la "desmisticificación" o "desacralización" del museo, conceptos sobre los cuales nos será necesario volver enseguida a la hora de polemizar con el libro de Marta Dujovne. Pero, claro, los ejemplos y contraejemplos que ella proporciona nos iluminan mejor acerca del significado práctico de ambas categorías que terminamos por compartir. Son finalmente dos casos los que nos convencen acerca de la autenticidad de una desmisticificación bien acometida: el primero, el que atañe a la planificación de los museos para los discapacitados; el segundo, un ejemplo del modo de rehuir el engolamiento de la ciencia y del arte mediante la sencillez deslumbrante de un tema como el de las burbujas.

5. Cualquier diseño para una política de museos ha de partir de una pregunta básica acerca del montaje y del significado de las exposiciones: ¿cómo transmitir procesos? Tan sólo ensayando respuestas a este interrogante será posible superar la asfixiante estaticidad de las muestras y otorgarles el dinamismo propio de los objetos, de sus formas de producción o de realización y de sus relaciones.

6. Por último, entender y generar una pluralidad de significados, una polisemia efectiva para el montaje de una exposición, tal es el desiderátum final de la museología. En este sentido, no cabe ninguna ingenuidad a la hora de definir los sentidos de la muestra, que nunca podrán ser neutrales. Hay al menos una mirada de la época actual sobre los objetos del pasado que se hará siempre presente. Es de rigor integrar esta admisión sincera con aquel objetivo de la polisemia que permite el juego de las apropiaciones libres e inéditas del patrimonio.

Para finalizar, dos críticas menores y alguna pregunta para la discusión, a) Lamentamos el olvido de la obra sistemática e ingeniosa de Daniel Schavelzon sobre las desventuras del patrimonio cultural argentino en la bibliografía de nuestro libro, b) Marta Dujovne rechaza de plano toda idea de un "deber ser" de la visita, la "noción moral" que suele encontrarse por detrás de la actividad del público en el museo. Es posible que en los primeros estadios de vivencia y de apropiación del museo (los propios del niño y del primer adolescente) no sea ni deseable ni recomendable que un sentido de obligación o de imperativo aparezca durante las visitas, pero parecería bueno no obstante que, sin perder una actitud lúdica frente a los objetos y a su misma historia, una ética de la cultura reaparezca con fuerza en nuestros contactos adultos con el museo y sus colecciones. Están allí las huellas de nuestro paso por la tierra, de una lucha colectiva y tenaz contra la caducidad, contra la desdicha y la injusticia. Tal vez debiera de existir una "obligación moral" en el contacto asiduo del ciudadano con los museos, y el ejemplo más acabado de ello es la atroz pero necesarísima experiencia del Museo del Holocausto en Washington. A quien lo haya visitado, Bosnia, Chechenia, Chiapas y, sin llegar a esos extremos de destrucción, el desprecio cotidiano de tantas personas que ocurre hoy en cualquier lugar, a pocos metros de donde vivimos, no le parecerán meras noticias del diario. Junto al goce por el museo, hay una seriedad suya que entendemos ha de ser respetada, sobre todo porque paradójicamente ella hace posible que lleguemos a la crítica más radical del museo que nos sea dable imaginar y que, por lo general, despunta con sinceridad y seriedad insuperadas en las bocas de los niños. En un informe de la actividad del Museo Etnográfico, se ha llamado la atención sobre aquella crítica última del colecciónismo moderno al registrarse las reacciones de un chico frente a la explicación que se le ha dado sobre un rehue mapuche. El niño, de 6 años, pregunta: "Si era tan sagrado, ¿por qué lo tienen Uds. aquí?" El caso nos recuerda la pregunta que una niña sueca realizó a un chimpancé en el zoológico de Estocolmo: "¿Acaso no estabas mucho mejor en el sitio de donde viniste?"

*José Burucúa*

Como quiera que sea, los dilemas que el trabajo de Marta Dujovne suscita forman el límite extremo de nuestra inteligibilidad de las cosas respecto de los museos y de las colecciones. Al menos para nosotros y quizás para la mayoría de los lectores de este libro, permanece el desafío planteado por García Canclini en el bello prólogo de *Entre musas y musarañas*: "el interés último es lograr que sean ampliamente legibles la historia, los descubrimientos y las invenciones, cómo pueden los museos hacer más disfrutables los trabajos y los días".

*José Emilio Burucúa*